



AGRADECIMIENTOS

En primer lugar quisiera recordar a mi madre, por inculcar su tenacidad y fuerza, no sólo a mí sino a cada uno de mis hermanos. ¡Gracias, Amma!

En segundo lugar, estoy en deuda con David, el primer lector que me tomó en serio y leyó el libro con ojos de crítico literario.

Gracias también a mi difunto tío, amigo y conocido autor bengalí Ahmed Sofa, que leyó mi manuscrito con gran entusiasmo poco antes de su muerte.

Un recuerdo a mis hermanos Rumi, Ruhi y a mi hermana Rupa, por su apoyo.

Agradezco especialmente sus comentarios a la periodista y crítica literaria bengalí Mahmuda Chowdhury.

Estoy en deuda con las ideas, comentarios y entusiasmo de las siguientes personas: Kristina, Britt, Elisabeth, Gertie, Ulla O, Viveka, Håkan, Catarina y Ulla H, Gail y Svetli.

Gracias a Patricia por estar ahí cada vez que la he necesitado.

Un recuerdo para Anna por haber llegado a mi vida por medio de este libro y por ser una de las lectoras más interesantes de mi manuscrito.

La agente literaria británica Tanja Howarth me dio consejos impagables que recuerdo con mucho afecto.

Estoy agradecida a mi agente de Nueva York, Doris Michaels, y a la agente de Londres, Arabella Stein, por sus ánimos y fe en mi obra.

Siempre estaré en deuda con Sylvia Peck, antigua asistente literaria de la agencia DMS de Nueva York, que no sólo contestó muy

rápidamente a mi carta, en veinticuatro horas, sino que desde entonces ha sido la mejor editora que se pueda desear. ¡Gracias, Syl!

Gracias a la escritora australiana Robyn Opie por su fe en mi trabajo.

Y, finalmente, gracias a mi editor, el señor Mohiuddin Ahmed, de University Press Ltd., por firmar conmigo un contrato en tan poco tiempo.

CAPÍTULO 1



UNA BOTELLA DE AGUA DEL RÍO

Un rumor recorrió la pequeña aldea de Gulagh Ganga en los días que transcurrieron en torno al nacimiento de Daria. Decía: «Jharna Begum, la *Ammu** de Daria, desafió a Dios cuando se negó a abandonar la idea de tener una hija.» Había tenido sus cuatro hijos, más tres abortos y una hija que nació muerta. Pero seguía sin poder aceptar la idea de no tener a una niña en su regazo. Cuando el doctor más fiable de todo el entorno le aconsejó que no volviera a quedarse embarazada, ella, como muchas otras en su caso, decidió ir a buscar la ayuda de fuentes sobrenaturales. El camino hasta ellas lo recorrió gracias a un hombre que pretendía ser un *Pir*, una persona espiritual. Vivía en las afueras de Gulagh Ganga. Muchos acudían a él para atrapar a ladrones de ganado y cazadores furtivos, otros para conseguir mejores cosechas, y otros más para ser curados de enfermedades incurables o porque deseaban un heredero varón que perpetuase el nombre de la familia. Y, en raras ocasiones, alguno echaba mano de él para pedirle una niña que animase una familia que sólo tenía hijos varones. Y eso fue en parte lo que ocurrió en el caso de Jharna Begum, la *Ammu* de Daria, principalmente porque a ella le parecía que una mujer sin hijas era como una mujer a medias.

Jharna Begum, exactamente un año antes del nacimiento de Daria, se despertó en una ocasión a una hora que no era aún la mañana pero tampoco la noche; la negrura se iba diluyendo ante el arribo de las primeras luces. Un momento dulce y transparente

* Todos los términos que aparecen en el texto en lengua india se consignan en cursiva sólo la primera vez, y su traducción se recoge en un glosario al final del libro.

que podría llamarse mañana-noche. Se dio un baño, dijo sus oraciones matinales y leyó unos versos del santo Corán. Después, con el estómago vacío, se cubrió los hombros con un chal, abrió la caja fuerte y sacó un puñado de billetes. Algunos nuevos y crujientes. Otros sucios y blandos. Guardó el dinero en el bolso y se deslizó fuera de la habitación. Azad Chaudhury, su marido, estaba fuera de viaje, lo que le venía muy bien, pues no le habría parecido correcto que fuera a ver a un Pir, cuya credibilidad era dudosa. El resto de la familia dormía. Inspiró profundamente, cruzó el porche delantero y bajó al camino que bordeaba el gablete izquierdo de los dos que remataban la casa. Siguió hasta el establo, que estaba un poco más allá en la misma dirección. Allí se encontró con el sirviente, Gafur, y la doncella Gulabi, que la acompañaría. A Gafur, le dijo que cuidara la casa durante una hora. Muy pronto estuvo sentada en la carreta junto al cochero, Abdullah, de camino a casa del Pir, el santo, que haría de nexo entre ella y los poderes sobrenaturales.

Era una mañana húmeda y la tierra estaba cubierta de rocío. En el horizonte, una bruma blanca flotaba suavemente, desdibujando los contornos y colores de todas las cosas. Más allá, el río relucía bajo el primer resplandor del sol de la mañana y algunos pescadores ya arrojaban en él sus redes, que brillaban en el aire como telarañas antes de caer al agua, aunque la bruma impedía verlas. La carreta avanzaba entre campos de arroz cuadrículados. A veces traqueteaba; a veces saltaba sobre el sendero de tierra lleno de baches. Jharna Begum iba sentada muy derecha, moviendo los labios. Seguramente recitando versos santos. Junto a la carretera ya había campesinos trabajando. Algunos se inclinaban sobre los campos cubiertos de agua para plantar el arroz y otros araban; pies campesinos sumergidos hasta los tobillos en el líquido lodoso; manos campesinas que desaparecían bajo el agua para trasplantar los brotes.

El presunto Pir vivía en una cabañita en las afueras de la aldea. La cabaña era de barro y cañas de bambú, con un tejado inclinado de heno, y se erguía en medio de un terreno muy pisoteado, rodeado de brotes de bambú parcialmente velados por la niebla gris. Detrás de la cabaña, un viejo mango extendía sus ramas sobre los

bajos del techo. La niebla estaba suspendida también por entre el follaje del árbol, pero justo encima del tejado Jharna Begum pudo ver algunos mangos pequeños. Gris verdosos, redondos y húmedos, creciendo en silencio desde la aridez. Una gallina esquelética caminaba por el trozo de tierra que había ante la cabaña picoteando lo que podía encontrar; unas cuantas libélulas estaban tranquilamente posadas sobre un manojo de hierbas medio secas. Soplabla una brisa que traía aromas de agua y de río. Las hojas del mango susurraban; las del bambú cuchicheaban. Gulabi se quedó inmóvil en el lugar. Jharna Begum inspiró profundamente y se acercó a la cabaña.

El cuarto estaba oscuro a pesar del farol que colgaba del techo. Suaves sombras danzaban sobre las paredes, mientras la lengua de la llama vacilaba de vez en cuando en el interior del cristal cubierto de hollín. Muchas zonas de las paredes estaban cubiertas con cuadros diversos de la ciudad santa de La Meca. Altos camellos y beduinos, polvorientas datileras alrededor de oasis, hombres de pelo rapado, peregrinos de blanco, mujeres, peregrinos de negro, la piedra negra santa y la muchedumbre de personas de blanco que había a su alrededor. La única ventana estaba cubierta por una tela. En un rincón se alzaba una fina columna de humo de un pequeño cuenco de bronce; aromas de sándalo, alcanfor, incienso y esencia de rosas. En el cuarto reinaba una humedad terrosa.

El Pir estaba sentado en el suelo sobre una estera. Recibió a Jharna Begum con respeto y le pidió que se sentara frente a él. Ella dudaba; de todos modos, obedeció como en un trance. El sudor brillaba sobre sus labios, le goteaba de la nariz y le perlaba la frente. Le surgía de las axilas y entre el pliegue de los senos. Un miedo sudoroso le recorría la espalda y tuvo que tragar saliva. Se le agolpaban las palabras en la cabeza mientras el estómago se le ponía duro como un puño. Pero no quería abandonarse a su nerviosismo. Así que, armándose de valor, empezó a hablar. Le temblaba la voz y se le secó la lengua. Las palabras salieron de su tensa boca; primero a trompicones y luego tejidas en frases inteligibles. El hombre murmuró y asintió.

Después de media hora, cuando Jharna Begum se subió a la carreta para volver a casa, el sol se había alzado en el cielo. Estaba blanco. La bruma se había disuelto hasta convertirse en un trozo tembloroso de tela transparente. Ella apoyó la barbilla en la ventanilla y miró hacia afuera. En las sienes el viento hacía bailar sus ricitos. Sus ojos veían las jóvenes plantas de arroz verde pálido, los embarrados campesinos con sus pies también embarrados y las manos bajo el agua sucia, las cabezas cubiertas por inclinados sombreros de mimbre, la zona pélvica de una vaca que alzaba el rabo para dejar caer un poco de estiércol, el sol brillando en la cola de los martines pescadores que se zambullían, y el río rutilante más allá; pero en su corazón sólo veía a una niña pequeña. Una niña en sus brazos. En las manos llevaba una botella verde. Una botella llena de agua encantada. Agua que la convertiría en madre de una niña. Ahora sólo tenía que asegurarse de que sus sirvientes recogieran agua natural para ella colocando el borde de una olla de barro contra la corriente del río. Durante siete jueves se bañaría en esa agua mezclada con el agua encantada que tenía en la botellita verde. ¡Lo que sería tener una niña! ¡Una niña a su edad! ¡Cuarenta años! Dios, Alá todo poderoso. A esa edad ya sólo podía esperarse la muerte. A esa edad se podía una morir, era una edad muy buena para morir. Pero en lugar de eso, se estaba preparando para dar vida a un nuevo ser humano. Una niña. Jharna Begum sintió que la invadía una misteriosa oleada de satisfacción. Mientras la brisa matinal, ahora tensa de cálido sol, le acariciaba la cara, sonrió. Como una niña que hubiera encontrado la auténtica botella del genio, sostuvo tiernamente la preciosa botella.

A Azad Chaudhury le preocupó un poco, naturalmente, la repentina obsesión de su esposa por los baños matinales los jueves por la mañana. Pero decidió seguirle la corriente. Así pues, incluso se acostaba con ella, tal como era su deseo, después de los baños rituales con el agua mágica. Construyeron y amueblaron un pequeño cuarto en el extremo más alejado de la morada. Al resto de los miembros de la familia se les dijo que el estado físico de Jharna Begum requería una separación total de la vida cotidiana. Al princi-

pio Azad Chaudhury pensó que no sería necesario construir una nueva habitación para siete jueves por la mañana. Pero pronto, muy pronto, cambió de opinión. Pues no tardó mucho en darse cuenta de que disfrutaba de cada segundo, cada fracción infinitesimal de cada segundo que pasaba allí con su esposa. En secreto, llamaban a la habitación «el nido de amor» (aunque las palabras sonaran banales a sus oídos experimentados). Dentro de las cuatro paredes de aquel nido, después de veinte años de matrimonio, volvieron a experimentar el éxtasis del amor recién descubierto. Durante aquellas mañanas cálidas y fééricas, Azad Chaudhury, apoyado en la almohada, contemplaba el cuerpo esbelto de su esposa y pensaba que nunca la había visto así antes. Le lamía los pies, las plantas, los empeines, la besaba detrás de las rodillas, le hacía cosquillas en el ombligo, sentía las curvas perfectas de sus hombros redondos contra las grandes palmas de sus manos, la untaba con aceite de coco y la frotaba suavemente. Los ojos de ella se oscurecían, el mundo más allá de la cortina azul oscuro de la ventana se iluminaba poco a poco, pero dentro, ellos se perdían. Ella le tocaba la tripa peluda, le pellizcaba los pezones, dejaba que sus uñas subieran y bajarán por su velludo cuerpo y creaba líneas paralelas como un granjero que arase un campo y dejara marcas con el arado. A ambos se les ponía la carne de gallina, la nuez de él se movía incansable y ella tragaba saliva. Se acariciaban mutuamente, probaban sus mutuos olores secretos y se ahogaban en los ojos del otro. Con las palmas calientes de él contra las de ella, los dedos entrelazados, las plantas de los pies frotándose suavemente contra los empeines del otro, alcanzaban el clímax. Más tarde, durante el día, reconocían los olores privados del otro en la nariz e intercambiaban miradas furtivas.

Teniendo en cuenta este apasionamiento, no fue seguramente ningún milagro que Jharna Begum se quedara pronto embarazada. Pero, al darse cuenta, tanto ella como Azad Chaudhury reaccionaron como si realmente hubiera ocurrido un milagro. Como si el genio hubiera escapado de la botellita verde para cumplir sus sueños. Empezaron a llorar y a reír. Lloraron durante un momento, rieron otro, se abrazaron, volvieron a llorar, se lamieron mutua-

mente las lágrimas y se recostaron. Durmieron un rato, se despertaron, se abrazaron, murmuraron palabras dulces y volvieron a dormirse. Cuando el embarazo avanzó, Azad Chaudhury se preocupó de que Jharna Begum no careciera de nada. Amontonó sobre ella regalos y ternura, y atendió todos los extraños caprichos que sólo una mujer embarazada suele tener.

Si ella deseaba cacahuets calientes con sal y pimienta, se los servían; si deseaba mangos verdes tostados mezclados con guindillas rojas machacadas, también se los traían. Si ansiaba tamarindos maduros, aparecían. Una vez, a medianoche, ella despertó y dijo que tenía que comer pescado *ilsha* asado, el llamado «pez de plata». Ese pescado es conocido por sus escamas plateadas y su sabor es delicioso. Pero, por desgracia, no era la temporada apropiada. Aun así, a la mañana siguiente, Azad Chaudhury en persona hizo una visita a un pueblo pesquero cercano. Sacó una cartera de cuero llena de monedas (plateadas y doradas) y dijo que el que pudiera pescar un par de *ilsha* antes del amanecer del día siguiente sería recompensado con la bolsa y todo su contenido. El pez fue pescado, asado y servido en una fuente de plata para cenar. El plato cumplió hasta tal punto las expectativas de las papilas gustativas de Jharna Begum que se convirtió en parte habitual de las comidas de la familia durante el resto del embarazo. Ella estaba satisfecha y, mientras tanto, unos cuantos pescadores se enriquecieron ligeramente más de lo que hubieran podido esperar.

*D*urante las noches de invierno, envueltos en edredones hechos en casa, los vecinos se apiñaban alrededor de fuegos al aire libre bajo la mirada de las estrellas. Fumaban narguilés, comían batatas asadas y susurraban historias. Historias de brujas. Historias de invierno. Cuentos especiados con el frescor de las tardes de invierno. Pintados con los vibrantes colores del fuego y las cenizas que tenían en medio. Alimentaban el fuego con juncos y astillas que estallaban y morían entre las llamas, y alimentaban sus mentes voraces con cuentos fabulosos sobre Jharna Begum y el bebé que

crecía en su vientre. Pronto se oyó que Jharna Begum estaba obsesionada con el plato de pescado porque el hombre que le había dado la botella verde con el agua mágica había declarado que tendría una niña con el pelo del color del «pez de plata». Algunos decían que llevaba dentro una sirena, medio pez, medio humana. Las mujeres embarazadas evitaban mirarla por miedo a que su simple visión pudiera interrumpir el crecimiento de los bebés que llevaban en el vientre. Fue extraño cómo un rumor raro daba origen a otro más raro aún. Hubo quien dijo incluso que Jharna Begum poseía en realidad una botella con un genio dentro.

Pero fue la pobre Gulabi la que tuvo que enfrentarse a todos los maliciosos comentarios sobre el embarazo de Jharna Begum. Cada vez que se dejaba ver fuera de los límites de la casa, las mujeres del vecindario la asaltaban. La aseteaban con preguntas ridículas y pronto ella empezó a quejarse de semejantes cotilleos. Jharna Begum la escuchaba con paciencia. Pero rechazó su preocupación con una alegre risa. Sin querer parecer condescendiente o enfadada, no hizo caso alguno de las quejas y dejó a Gulabi sin palabras, y como de costumbre siguió mandando al criado Gafur a los pescadores a traer pescado cada mañana. El pescado se preparaba y cocinaba bajo su supervisión. Cuando se lo comía, lo hacía con tanto placer que pronto Gulabi y los demás se dieron cuenta de que sería inútil llevarle la contraria.

Los cuatro chicos —Hadi, Jami, Sami y Sadi—, que iban de los ocho a los doce años, no tenían la menor idea de por qué su padre ya no hacía sus viajes habituales a otras partes del país. Siempre estaba en casa. Sólo ellos seguían haciendo la vida de costumbre. Iban a la escuela, leían el santo Corán todos los jueves, hacían los deberes, jugaban juntos, se peleaban unos con otros y cuando se enfadaban, se echaban las culpas entre ellos. Gulabi vigilaba que tuvieran las uñas limpias, el pelo engrasado y las manos lavadas; que tuvieran leche templada de la vaca para desayunar y que volvieran a casa a su hora.

Daria nació un día espléndido. Era a finales de mayo, poco antes de que empezara la época de las lluvias. La hora fue exactamente las doce. El sol era cálido y cruel. El cielo estaba totalmente

blanco, lo mismo que el cabello del bebé. Era blanco. Blanco plateado. Alarmantemente blanco. Muy blanco. Al ver el color de su pelo, un grito murió en el pecho de la desconcertada comadrona y al mismo tiempo se le soltó la vejiga, mojándole los muslos. El rostro de la comadrona brillaba con las lágrimas, pero estaba inmóvil como una estatua, como fija por el ojo hipnótico de la calamidad. Arrodillándose entre las piernas de Jharna Begum, sostuvo el cuerpecillo de Daria en sus manos, con la cabeza inclinada sobre él, la orina caliente cayendo debajo y el cordón umbilical colgando aún suelto de la vagina de Jharna. El conjunto era algo semejante a una escena sobre un altar.

Y Gulabi, que había presenciado la escena con un farol en alto, tardó un momento antes de empezar siquiera a darse cuenta de lo que estaba pasando; el hedor de la orina olía a viejo, a contaminado, a pena y a problemas. Gulabi se estremeció y jadeó mientras la verdadera naturaleza escandalosa del incidente nadaba introduciéndose en su conciencia. Se quedó aturdida durante dos minutos enteros antes de recuperar el sentido. Pero, una vez recuperada, colocó rápidamente el farol sobre una mesilla, se inclinó, cortó el cordón umbilical y quitó a Daria de las rígidas manos de la comadrona. Entonces fue cuando Daria dio su primer grito, aliviando a los demás, y también haciendo volver a la realidad a aquella. Gulabi limpió bien a Daria, hasta los agujeros de la nariz, antes de envolverla en un suave trozo de tela y ponerla al pecho de su madre, donde la leche ya había empezado a manar. Y la comadrona, manchada por su propia orina y los desechos del útero de Jharna Begum, se retiró a un rincón.

La casa tenía dos pisos. Las paredes estaban hechas de ladrillo y el tejado plano de chapa ondulada. Las habitaciones estaban en fila una tras otra. Dos profundos porches corrían a lo largo del frente y la parte trasera de los dos pisos, y un tramo de escalones de madera unía el porche trasero con el primer piso. Un pequeño trozo de terreno separaba la casa principal de la cocina mientras

que en la parte delantera había un terreno bastante grande. Allí crecían frutas y flores, papayas, mangos y árboles del pan, plátanos y cocos, lirios y jazmines, caléndulas y lotos de tierra. Aquel día las flores resplandecían al sol y era imposible evitar el dulzón aroma mareante que exhalaban las sudorosas flores del jazmín. Los árboles de mangos estaban llenos de capullos. Las ramas de los árboles del pan se doblaban con el peso de los frutos. Los plátanos, muy amarillos, esperaban a ser recogidos. Calientes hojas verdes albergaban el zumbido de las abejas. Los moscardones azules zumbaban. Los cuervos y las cornejas se atiborraban. El ambiente era tan caluroso, húmedo y afrutado como en un invernadero.

El clima en la habitación del parto era algo más fresco en comparación con el mundo exterior. El suelo gris de cemento y las desnudas paredes blancas estaban frescas; la habitación estaba clínicamente limpia, tal como debe estarlo una sala de partos. Las puertas y las ventanas estaban cerradas, dejando la habitación en semipenumbra. Y además olía a alcanfor, incienso y agua de rosas.

La *Nanu* de Daria, Salma Begum y *Fufu* Fátima, estaban sentadas en un rincón. Ellas también habían perdido el habla temporalmente al ver al bebé. Pero el llanto de la niña las devolvió rápidamente al presente. Y ambas empezaron a recitar versos coránicos con gravedad tal que alguien que pasara por allí podría haber pensado fácilmente que la habitación había sido destinada al duelo. Sin duda se llora por un fallecido en una sala de hospital, y se alegra uno por los recién nacidos. Aquel día, Jharna Begum habría querido alegrarse por el nacimiento de su hija, le habría gustado cantar alabanzas a Dios, habría querido ensalzarlo bulliciosamente y darle las gracias. Pero aquellas dos mujeres convirtieron la habitación en una cámara mortuoria, hicieron que la atmósfera fuese pesada, triste. Innecesariamente triste. ¿Sería por el accidente de la pobre comadrona? Jharna Begum se preguntó si sería ésa la razón. Pero no había sido más que un accidente. ¿O era porque el cabello de la niña tenía un color tan raro? Jharna Begum suspiró. Curiosamente, no sentía ninguna irritación sino una sensación de familiar indiferencia. Sabía que no servía de nada tratar de hacer

entender a los demás sus sentimientos. A la suave luz del farol, miró tiernamente las mejillas hinchadas de su hija, los párpados cerrados, la boca roja y los minúsculos orificios nasales. Jharna Begum repitió con voz satisfecha: *niña de agua, niña de agua*. Luego suspiró otra vez.

*T*ras llevar a cabo las oraciones Jummah en la mezquita, Azad Chaudhury había vuelto a casa con el cuarteto de chicos, Hadi, Jami, Sami y Sadi. Gulabi lo esperaba nerviosa en el porche. Le contó lo de la recién nacida, le quitó de las manos la alfombrilla de oración y mandó a los niños a otra habitación. Azad Chaudhury pareció encantado y con una sonrisa en el rostro abrió la puerta de madera y entró. Se detuvo unos segundos en la habitación medio a oscuras. A medida que sus ojos se acostumbraban a la penumbra, saludó a su suegra y luego, volviéndose hacia Gulabi, dijo:

—¡Abre las contraventanas!

Su suegra, Salma Begum, dejó de murmurar. Lo mismo hizo su hermana Fátima. Hubo un repentino silencio. Pasaron unos instantes antes de que Salma Begum chillara con su voz aguda y frágil:

—¡No puedes dejar que el viento del mediodía corra libre por una sala de partos!

Azad Chaudhury contempló un momento a la anciana señora. Sus ojos castaños eran dulces y educados. Sin tratar de discutir, explicó:

—Perdóneme, *Amma*. Pero me gustaría ver la cara de mi hija a la luz del día.

Salma Begum negó con la cabeza.

—Ya se le ha hecho bastante daño a la niña.

—¿El qué? —Azad Chaudhury se sorprendió.

—La comadrona... —Le fallaron las palabras, no era capaz de contarle a su yerno lo del accidente. Le avergonzaba. Sus dedos se agarraron al *tashbi* que tenía en la mano.

Azad Chaudhury observó con curiosidad el rostro de su suegra, que miraba más allá de él. Luego se volvió hacia Gulabi.

—¿Qué pasó? ¿Qué ha hecho la comadrona, Gulabi?

—*Abbaji...* —Gulabi dudaba, y luego dijo—: Nada importante. Ya me he ocupado de ello. He lavado a la niña. Hasta le he limpiado los agujeros de la nariz.

—¡Los agujeros! —se asombró Azad Chaudhury.

—Sí, para que no recuerde la peste.

—¿Peste de qué?

Gulabi ya se estaba arrepintiendo de haber hablado demasiado. Se calló. Sin saber qué contestar, miró impotente a Salma Begum.

La anciana señora negó con la cabeza y dijo:

—Será mejor que le preguntes a tu esposa en privado. Y hablando de la ventana, puedes abrirla un momento. Pero no es bueno para los recién nacidos. El viento de mediodía trae consigo espíritus malignos.

Azad Chaudhury asintió pensativo, nada satisfecho con las evasivas respuestas. Pero lo dejó, y una vez más pidió a Gulabi que abriera las contraventanas. Las dos contraventanas fueron abiertas. Un deslumbrante paralelogramo de luz de sol cayó sobre el suelo. Las paredes blancas se volvieron más blancas. El suelo frío se calentó. Azad Chaudhury dio dos pasos hacia la cama. Se inclinó sobre ella. De nuevo se hizo aquel extraño silencio. Mucho silencio. Muy tenso. Mientras el silencio rebotaba contra las cuatro paredes vacías, las pupilas de Azad Chaudhury se dilataron y se le puso rígida la columna vertebral.

La niña tenía ojos violeta rodeados de pestañas negras, y ya tenía un par de cejas dibujadas como las alas de una gaviota en vuelo. Las mejillas eran regordetas, suaves y frescas como las de cualquier recién nacido. Pero el pelo era blanco plateado. Blanquísimo. Blanco como las cumbres del Himalaya. Azad Chaudhury no podía sino murmurar oraciones. Sobre los hombros sentía la profunda respiración de su suegra, los atentos ojos de su hermana. Pensamientos desconocidos crecían como malas hierbas en su cerebro. Negó con la cabeza. Algo debía haber salido mal. Desde luego. Una niña no puede tener el pelo de plata. No es normal. ¿Por qué? ¿Por qué? Una curiosa tristeza se le asentó en el corazón

por la criatura que estaba en brazos de su esposa, su hijita, su princesita, nacida de oníricas mañanas. Se le humedecieron los ojos al coger a la niña y apretarla contra su corazón. Su mirada se cruzó con la de su esposa. El sol se reflejaba en los ojos de ella, que sonrió.

—¿Cómo estás? —preguntó él.

—Muy bien. ¡Gracias!

—¿Eres feliz?

—¿Por qué no habría de serlo?

Él sonrió, desafiando la presión de las malas hierbas que le crecían en el cerebro. Hierbas peludas, picantes, venenosas. Todas con largos tentáculos. Que daban miedo. Ella estiró el brazo. Él lo cogió y lo apretó con fuerza.

Más tarde, envió a buscar al doctor Nandi. El doctor Nandi se sorprendió tanto como los demás al ver el color del pelo de la criatura. Pero cuando la examinó a fondo, declaró que era una niña cien por cien normal. Mientras tanto, mandaron a Gulabi que se ocupara del cordón umbilical y de la placenta. Tal como le dijeron, ella lo enterró todo en el jardín y colocó encima una planta de jazmín. Tras haber llevado a cabo su tarea rápidamente, volvió a la habitación con un poco de aceite de mostaza en un cuenco de bronce, limpió la cama, extendió una gran toalla entre Jharna Begum y el hule que había debajo de ella y después se subió ella misma a la cama. Allí, arrodillándose junto a Jharna Begum, se aceitó las palmas de las manos y se apoderó del vientre de Jharna. Lo sujetó con fuerza y, al mismo tiempo, con un movimiento rítmico, empezó a apretar para sacar el aire que había invadido la cavidad después del parto. El aire salió por todos los agujeros posibles del cuerpo de Jharna Begum, que se quejaba de lo fuerte que le apretaba Gulabi. Muchos *¡Aaahhs!* y *¡Uuhhs!* Pero Gulabi siguió haciendo lo mismo una hora todos los días, durante un período exacto de cuarenta días. Ése era el tiempo que Jharna Begum tardaba en recuperar su plano y tenso abdomen de modo que nadie podría creer que su vientre había albergado a varios niños.

Aquella cálida tarde, cuando el doctor Nandi hubo tranquilizado a Azad Chaudhury con su diagnóstico, este se sentó un rato e hizo varias inspiraciones profundas. Con cada una, arrancaba una de las hierbas retorcidas que tenía en el cerebro, y finalmente decidió que era hora de demostrar su agradecimiento por haber sido agraciado con una hija. Mandó a uno de los sirvientes a comprar unos *rashgullahas*, del puesto de dulces de la aldea. Cuando el hombre volvió, le ordenó que cogiera dos de los mejores pollos del corral y llenara un cántaro de arcilla con algunos de los *rashgullahas*. Cogió dos prendas y lo mandó todo al Pir Sahib que le había dado a Jharna Begum la botella verde con el agua mágica.

Jharna Begum salió de la sala de partos —ya era por la noche— con la niña en brazos, desafiando al resto de mujeres de la familia, que le aconsejaban no moverse durante cuarenta días. Decían que no debía abandonar la habitación hasta que cesara el sangrado y hasta que su útero encogiera hasta su tamaño original, el de un huevo de ganso. Pero Jharna Begum no hizo caso alguno de sus preocupados parientes. En la cocina, la vieja cocinera ya había empezado a preparar sopa de pollo, un plato sin especias que normalmente se usa para tentar a una mujer débil en el lecho del parto en esta parte del mundo. Dentro de la habitación, junto a la ventana, Gulabi había preparado un sillón con una almohada redonda y blanda con un agujero en medio. Se parecía a la letra O inglesa. Se suponía que era para aliviar el dolorido trasero de Jharna Begum cuando se sentara allí para disfrutar del jardín. Pero, como ya se ha dicho antes, la mujer no parecía en absoluto desmejorada. Por el contrario, parecía increíblemente en forma. Iba a salir de aquella triste habitación. Iba a salir al aire libre. Y así lo hizo, entre protestas y ceños fruncidos. Sólo cuando necesitaba soltar ventosidades o amamantar a la niña, buscaba un rincón privado.

Hadi, Jami, Sami y Sadi, los cuatro hermanos que habían echado mucho de menos a su madre durante los nueve meses anteriores, y antes de eso, durante aquellas siete semanas con los siete jueves especiales, la rodearon en cuanto salió de la habitación.

No mostraron demasiado interés por la extraña criatura que su madre tenía en brazos. Uno de ellos llevaba un ramo de flores, otro un anillo hecho de paja, el tercero había escrito un verso del Corán con elegante caligrafía negra y el cuarto había hecho un dibujo del sol poniente sobre el río que corría detrás de su casa. Se lo entregaron todo a su madre.

Hadi, el hijo mayor, cuya voz estaba empezando a cambiar, murmuró avergonzado:

–¡Ammu! –y le dio el ramo de flores.

–Toma, un anillo hecho por mí –dijo el segundo.

–Es aburrido dormirse sin haber recitado las suras contigo –declaró el tercero, tendiéndole su regalo.

–Te he hecho un dibujo –anunció el más pequeño.

Jharna Begum se secó una temblorosa lágrima con el dorso de la mano. Luego le entregó a Daria a Gulabi y estrechó a sus cuatro hijos entre sus brazos; los abrazó, los acarició y los cubrió de besos, les revolvió el pelo, arrugó sus camisas planchadas y murmuró palabras tiernas.

Aquella noche todos se sentaron en taburetes bajos alrededor de la mesa para celebrar una reunión familiar. Daria dormía profundamente en una cuna de mimbre que colgaba del techo. La sala estaba iluminada con la luz amarillenta de una linterna sorda colocada en el centro de la mesa. Alrededor de la lámpara zumbaban miles de insectos, como un halo vivo. Y alrededor de este halo había cuencos de porcelana colocados en un círculo más amplio, llenos de cosas deliciosas, como gallinas en salsa de almendras, pato salvaje especiado, chuletas de *ruhufish* y langosta en leche de coco. Había también varios acompañamientos como conservas de tamarindo, chutney de cilantro y mangos verdes. Los platos menos habituales, que la cocinera se había acostumbrado a hacer para agrandar el paladar de la embarazada Jharna Begum, ya no estaban. Tampoco el plato de pez de plata. Lo cierto era que nadie echó de menos nada. Un gato daba vueltas y ronroneaba debajo de la mesa; de tanto en tanto, arqueaba el lomo negro y se lamía los bigotes. Quizá echara de menos el familiar olor a pescado. ¿Quién sabe?

De tanto en tanto, su rabo peludo rozaba varios pares de rodillas. Las paredes estaban cubiertas de sombras aquí y allá y una mezcla de aromas llenaba los orificios de unas cuantas narices expectantes. Durante mucho tiempo se oyeron risas y voces joviales en aquella habitación.

Pero, al día siguiente, el humor de la familia se calmó. Desde primera hora de la mañana los vecinos hicieron fila para felicitar a Jharna Begum y también para echar un vistazo a la recién nacida. Aunque la abuela Salma Begum y Gulabi hicieron grandes esfuerzos por esconder el cabello de la niña poniéndole un gorro, aún se podían ver uno o dos brillantes ricitos que salían rebeldes debajo del borde de este, que suscitaron montones de comentarios por parte de los desconcertados visitantes.

—Por Alá, no puede ser una niña humana —dijo alguien.

—No, un ángel —contestó otro—. ¡Me pregunto si tendrá alas bajo la ropa!

—¿Habéis oído decir que la comadrona se orinó encima durante el parto de la pobre niña? —exclamó otro más—. ¡*Tauba!* —dijo dándose un cachete en la mejilla derecha para ahuyentar el mal de ojo—. ¡*Tauba!* —y se dio un cachete en la mejilla izquierda—. ¿Habéis visto el pelo? ¡Era de pura plata!

—¡Oh, Alá, lo sabíamos!

—Su madre la concibió usando métodos mágicos.

—No debía haber desafiado los deseos de Dios.

—¿No lo habíamos dicho nosotros?

—¡Pobre, pobre niña! —Por mucho que se evitara explicar el significado de esas piadosas palabras, estaban muy claras. Un incidente tan penoso al principio de la vida sólo podía augurar una vida igualmente penosa.

¡Una mala señal!

¡Una niña desafortunada!

Pero Jharna Begum mantenía la cabeza bien alta. No parecía importarle lo que decía la gente. Seguía hablando, saludando y sonriendo con su radiante sonrisa. Quizá más tarde pensara en ello, pero de momento su rostro no traicionaba sus sentimientos.

Una de las criadas se abrió camino entre el gentío llevando una bandeja de plata con un plato de dátiles y una jarra de sorbete de limón. Los visitantes se sirvieron, echando furtivas miradas a la neonata. Si hubieran tenido rayos X en los ojos, sin duda habrían atravesado el gorrito para verle toda la cabeza. Pero no era así. Sólo iban a ver uno o dos rizos plateados. Nada más. Durante el transcurso del día, fueron y vinieron a voluntad. Como gatos.

Azad Chaudhury se preocupaba de la aparente tranquilidad de Jharna Begum. Admiraba su paciencia pero, al mismo tiempo, volvía a sentir las malas hierbas en su cerebro; hierbas peludas, picantes, venenosas. Todos sus pensamientos y sensaciones se fundían. Observó a su mujer, miró cómo caminaba, erguía la cabeza, con el bebé de rizos plateados en brazos, y todo ello le hacía sentir incómodo. Veía ir y venir a la gente, observaba a su hija, con dos suaves ricitos escapando del gorro rosa, y de repente decidió prohibir que entraran los vecinos curiosos durante un tiempo. Salma Begum rezaba oraciones silenciosas y Gulabi puso una marca redonda de *kajal* en la frente de la niña, del tamaño de un guisante, para ahuyentar el mal de ojo.

Durante los días siguientes se extendió el rumor como si fuera vapor, colándose por cada hueco, cada grieta, abriéndose paso, dando vueltas y entrando en cada hogar de la aldea de Gulagh Ganga. Decía que Jharna Begum había dado a luz una niña mágica de cabellos de plata. Pero, por desgracia, la comadrona había mancillado a la niña. A medida que el rumor viajaba de boca en boca, se fueron añadiendo varios adornos. Se adjudicaron muchas cualidades increíbles a Jharna Begum. Mientras algunos la evitaban como si fuera una bruja, otros empezaron a tratarla como a una santa y decían que podía resolver sus problemas, curar sus males, enriquecer sus cosechas y cosas así. Se empezaron a formar colas delante de la verja, los niños trepaban por el alto muro y los árboles de alrededor para echar un vistazo a la madre santa y su hija divina. Era un circo total; los mendigos se reunieron allí para tratar de conseguir una moneda, los vendedores acudieron en tropel

esperando hacer buenos negocios, los niños correteaban y los ancianos recitaban versos de la Sagrada Escritura.

Mientras tanto, en el interior de las altas paredes, la pequeña crecía y se transformaba en una niña muy corriente. Su pelo había sido afeitado y enterrado bajo el jazmín junto al cordón umbilical. Pero el nuevo pelo creció de otro color. Cada vez más oscuro. Negro, con un matiz luminoso azul purpúreo. Como el ala de un cuervo bajo el sol. Y el violeta de sus ojos se volvió café oscuro, marrón oscuro, no del todo negro. Y en el séptimo día, cuando iba a celebrarse una ceremonia para darle nombre, se había convertido en un bebé perfectamente normal con rasgos igualmente normales.

Era jueves. El imán fue el primero en llegar. Consigo llevaba una copia en miniatura del Corán con tapas de terciopelo, y un gran cuchillo. Pulido y afilado. Dos cabras engordadas esperaban ser sacrificadas en ese día por aquel cuchillo. El imán llevó a cabo la tarea en nombre de Dios en el patio, entre la cocina y la casa. Las cabras fueron desolladas y su buena carne dividida en tres montones iguales: uno para los pobres, otro para los parientes y otro para el festín del día. El último montón fue preparado en un fuego abierto con una buena mezcla de especias. Se hirvió arroz en jóvenes brotes de bambú. Se frieron *poratas*, se asaron patos y se compraron rashgullahas y cuajada al vapor.

Se montaron dos tiendas de alegres colores en el jardín; una para los varones y otra para las mujeres y los niños. Se colgaron faroles de gas en las cuatro esquinas de cada tienda. Se alzó una tarima especial para el imán, desde la que este dirigió la parte religiosa del acontecimiento. Una docena de hombres iban de un lado para otro apresurándose, afanándose y disponiendo las cosas. Unos pusieron las mesas, otros las sillas y otros barrieron el suelo.

Era una tarde cálida. El calor no era agobiante ni sofocante. Agradable.

Soplaba la brisa.

Una suave brisa del río.

Gulabi sacó a la niña cuando el sol hubo desaparecido por occidente y el cielo estaba amarillento como agua con un toque de cúrcuma, con el tenue brillo de sus últimos rayos. La niña iba vestida con un traje blanco tiza y unos calcetines blancos. Su cuero cabelludo, que ahora no tenía pelo, estaba cubierto con un gorrito bordeado de encaje. Desde debajo del borde del gorro sus ojos oscuros miraban en torno con curiosidad. Alrededor del tierno cuello colgaba una guirnalda de dientes de ajo.

Gulabi pasó junto a la multitud para tenderle la niña a su padre. Él cogió a la niña y subió dos escalones para llegar hasta el imán, que estaba sentado en el centro de la tarima. Los invitados estaban divididos en dos grupos, según su género, ambos de pie a cada lado del parapeto, escuchando al imán. Sentado en la tarima, éste leyó en voz alta unos cuantos versos escogidos de su Corán con tapas de terciopelo y luego proclamó firmemente lo importante que era para todo musulmán tener un nombre que revelara su origen religioso y étnico. Estas palabras les resultaban muy familiares a los oyentes, pero aun así no podían dejar de sentir la solemnidad del momento, como le ocurre siempre a la gente en semejantes ocasiones. Todo estaba en silencio y sólo se oía la grave voz del imán.

La niña, que estaba en los brazos de Azad Chaudhury, se durmió, pero la ceremonia se celebró tal como estaba planeada. Todos los nombres sugeridos se dibujaron en diferentes colores sobre una bandeja de mimbre que pusieron delante del imán. Se encendió una vela junto a cada nombre. Encima, en el cielo vespertino, la luna se había vuelto un poco más brillante ya y las estrellas lucían como oropel. A medida que las velas se derretían, todo el mundo se esforzaba por ver la bandeja; algunos se ponían de puntillas, otros pedían a la persona que tenían delante que les hicieran un poco de sitio, otros sencillamente cogían una silla o un taburete y se subían a él. Contenían el aliento con los ojos fijos en las velas. Las doce velas ardieron, la cera se derritió, los pabilos se encogieron y el humo ascendió. El rostro del imán se inclinó sobre la bandeja y adquirió un tono rojizo. Las velas empezaban a apagarse. Una tras otra. Lenta pero firmemente, vacilaron y murieron

en sucesión hasta que sólo quedó una. Se erguía pequeña y gruesa, pero aún ardía, iluminando el nombre de «*Daria*».

El rostro de Jharna Begum brilló encantado, atrapado por la dorada luz de la luna. Mucho antes del nacimiento de Daria, durante aquellas mañanas mágicas, había decidido llamar a su hija Daria, pues esta palabra significa río. Daria era hija del río, una niña de agua. Y su propio nombre, Jharna, significaba fuente. Jharna, la fuente. Daria, el río.